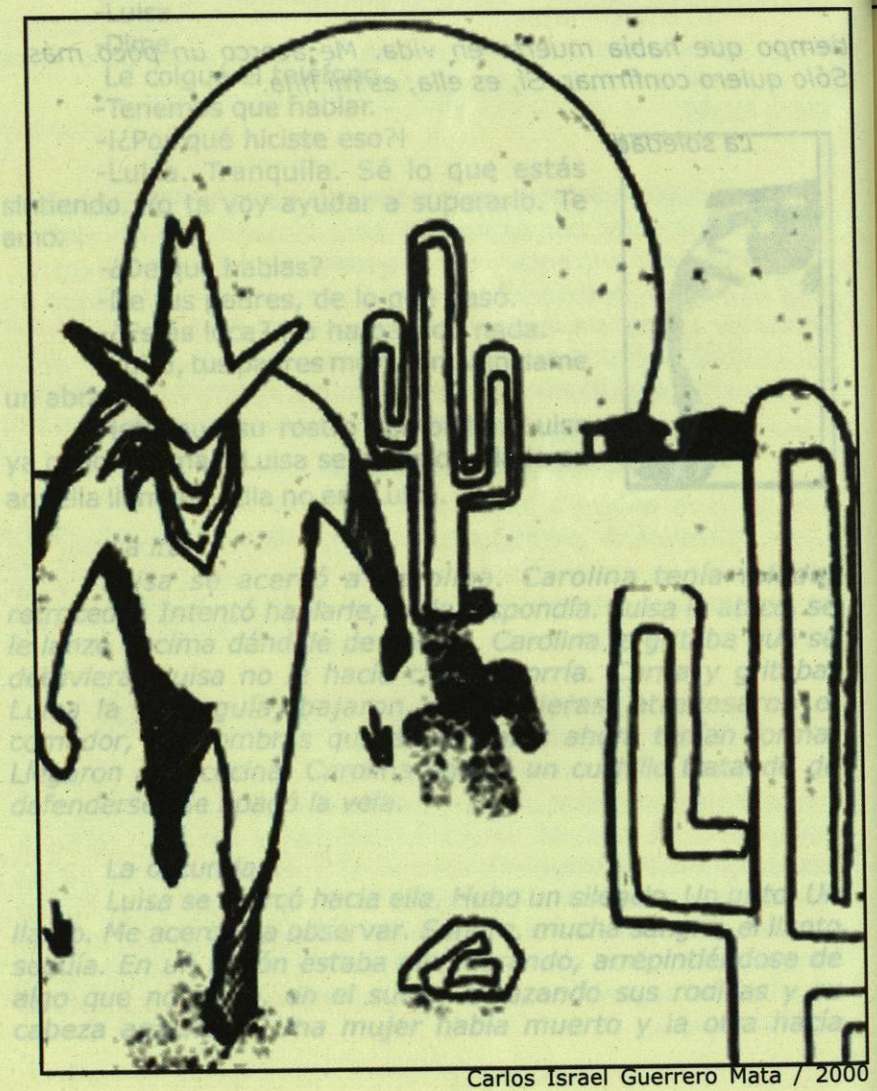


Carlos Israel Guerrero Mata / 2000

El Niño

Carlos Israel Guerrero Mata

Eran las doce del mediodía en el viejo pueblo semidesértico y árido de La Grande. Los ruidos del viento, de las puertas rechinantes y los arbustos secos rodando por el suelo se confundieron con los sonidos de los caballos a gran velocidad, las espuelas fuertemente golpeadas contra la tierra y los murmullos de los pocos moradores asustados del lugar. Había llegado al pueblo El Gavilán, un pistolero alto y de piel morena. Con pistola en mano descendió del caballo y entró a la cantina donde yo me encontraba y se acercó a mí.

–Tuerto, ¿dónde está El Niño? –dijo con un tono de voz muy golpeado.

–¿Para qué lo quieres? –respondí calmadamente.

–¡Tú bien sabes que lo quiero matar, dímelo ya idiota! –dijo alzando más la voz y desesperándose por mi actitud.

–Hace horas estaba ayudando a construir la presa. Ahora ha de estar cabalgando por ahí.

Me miró fijamente a los ojos con cara de incredulidad y tomó lo que quedaba de mi tarro de cerveza para después retirarse tranquilamente en su caballo.

El Gavilán y El Niño eran los más veloces pistoleros de la redonda. Siempre se les veía juntos en las buenas y en las malas. Cuando llegaron a La Grande, El Niño, apodado así por su cara joven, ayudó a los pueblerinos en la construcción de una presa donde trabajaba Don León, padre de El Gavilán, ganándose así el cariño y respeto del pueblo.

Un día anterior a éste cuando sólo se encontraban trabajando El Niño y Don León en lo alto, El Gavilán vio caer a su padre hasta el fondo de la presa, desapareciendo en la profundidad. Rápidamente subió hasta donde se encontraba El Niño, todavía sorprendido por lo ocurrido, para amenazarlo de muerte, acabando para el peor de los casos con su amistad.

Ahora, había llegado a buscarlo. El Gavilán no sabía que El Niño estaba a punto de tomar el tren a la salida del pueblo,

junto con Lucía, su novia, pues se siente responsable de la muerte de Don León.

Al salir de la cantina, El Gavilán cabalgó por algún motivo hacia la estación del tren, donde a lo lejos vio a El Niño abordándolo.

–¡Ya te vi desgraciado, no escaparás! –gritó desde lo lejos mientras encajaba las espuelas en el costado del caballo para aumentar la velocidad.

–¡No escaparás, no escaparás! –decía cuando de un salto subió a la parte trasera del tren.

El Gavilán corrió entre los vagones del tren y encontró a El Niño. Después de desenfundar su pistola gritó: –¡Tú lo mataste y yo te creía mi amigo!

–Estás equivocado, yo no lo maté –respondió El Niño mientras corría para subir al techo del tren.

El Niño le temía al Gavilán, pero pensó que después de ésta equivocación todavía podían ser amigos.

En lo alto del tren los dos discutieron.

–¿Por qué lo mataste? –le reclamó El Gavilán con lágrimas.

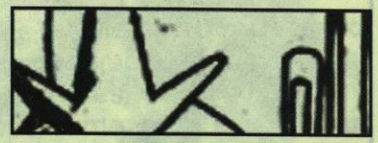
–¡Yo no lo maté! Él solo se dejó caer, ¡créeme! –respondió El Niño con sinceridad.

–¡Mentiroso! –gritó desesperadamente el hijo de Don León mientras vaciaba la cámara del revólver en el cuerpo de su amigo. La gente sacó la cabeza pero no vieron nada, parecía que se asomaban en un viaje turístico.

De regreso a La Grande, El Gavilán se encontró con su padre maltrecho, sentado bajo un árbol, al lado mío.

–¡Padre! –dijo con asombro en su cara.

–Hijo, siéntate junto a mí –contestó Don León con voz calmada y poca respiración–. De tiempo atrás me han estado dando unos ataques que me es imposible controlar. Ayer en la tarde en la presa, cuando estaba trabajando en lo alto, mi cuerpo se debilitó y caí hasta el fondo. Después lo único que recuerdo fueron unas palabras en medio de una luz brillante que me



decía "todavía no puedes morir, todavía no puedes morir". Luego desperté bajo este árbol y con El Tuerto tratando de revivirme.

–Padre –interrumpió El Gavilán cabizbajo, tratando de ocultar el nerviosismo en sus ojos–. Acabo de matar al Niño. A mi mejor amigo.

–Me lo imaginé, me dijo El Tuerto que lo andabas buscando –asintió Don León, tomando al Gavilán del hombro, –lo menos que podemos hacer por él es terminar el trabajo que estaba haciendo. Ver la presa terminada.

Dos días después de haber sido concluida la presa, fue encontrado sin vida el cuerpo del Gavilán en el interior de su recámara. Se había disparado en la garganta con el revólver dorado de El Niño. Esa misma noche abandoné el pueblo sin rumbo fijo. Traía una historia entre manos que quería olvidar. Intentaba alejarme de la mala presencia que rondaba La Grande. Después de haber visto a Don León, escucharlo hablar y platicar con él, cualquiera de los dos podía ser el siguiente muerto.